

Homilía

16 agosto 2024 – Bogotá

«—¿Cómo tiene éste tal cultura, tal sabiduría si no tiene instrucción?». Con esa pregunta, el evangelista Juan nos presenta la actitud de los judíos que estaban en el templo y que escuchaban las enseñanzas de Jesús. Escuchaban, pero permanecían fijos en su horizonte. Ellos, en lugar de cuestionarse a sí mismos y de abrir el propio corazón, se negaban con su actitud a convertirse en buscadores de la sabiduría. Esta es para nosotros, como comunidad, una cuestión fundamental: ¿Cómo alcanzar la sabiduría? ¿Aquella sabiduría que no se reduce a la mera instrucción? ¿Cómo acoger las enseñanzas de Jesús que nos abre al sentido y al rescate de la propia vida?

Se dice que los saberes son aquellos que nos permiten ganar el pan, asegurar la vida material. Pero no podemos olvidar que la sabiduría es aquella que nos consiente verdaderamente vivir la vida. Cada uno de nosotros lleva un conjunto de competencias – fruto de muchos aprendizajes – que nos dan acceso a un oficio, a una labor, a una función. Los saberes pertenecen a ese mismo nivel. Pero la sabiduría es aquella que nos hace tocar el corazón de la vida, sus por qué, sus sin por qué, su sentido.

Nuestras sociedades concentran demasiado su apuesta de formación en los saberes técnicos y científicos, muchas veces parciales y especializados, apuntando como horizonte hacia un resultado, sobre todo, económico, y trayendo como consecuencia, personas analfabetas, vulnerables y desprovistas de las dimensiones fundamentales para vivir. El desarrollo masivo de la inteligencia artificial, la compactación de nuestra biografía en un algoritmo, la globalización internacional asimétrica y desregulada, el florecimiento de formas de control que reducen al ser humano en un batallón de consumidores deja sólo tantas dudas y una ansiedad latente. El discurso que hace una apología del anunciado triunfo de la tecnología

garantiza que ésta liberará al hombre para que pueda dedicarse a otras tareas, para que pueda respirar creativamente, para que pueda finalmente cultivar dimensiones retrasadas de su humanidad, etc. Eso es cierto, por supuesto, pero no es toda la verdad. Basta pensar en cómo la parafernalia digital, por ejemplo, nos ha sumido cada vez más en un estado de servidumbre voluntaria, sin horarios, sin discontinuidades espaciales, sin excepciones. Estamos más conectados, pero no estamos unidos (de hecho, uno de los indicadores que crece hoy en día es la soledad).

Recuerdo aquello que dijo el cineasta Ingmar Bergman: el hombre contemporáneo se convirtió en una analfabeta emocional y espiritual.

De hecho, observamos muchas veces en nosotros mismos un analfabetismo ante las expresiones fundamentales de la vida. Podemos tener certezas, podemos practicar, podemos saber, pero hay momentos en la vida en los que nos quedamos sin palabras, en los que nos sentimos sin apoyo: una enfermedad, una crisis, incluso una gran alegría, un encuentro importante... En determinados momentos nos encontramos en un camino que parece paralelo, porque la fe no es suficientemente hospitalaria para lo que somos o para lo que nos hemos convertido. Necesitamos una nueva gramática que concilie en lo concreto los términos que nuestra cultura concibe como irreconciliables: razón y sensibilidad, eficacia y afectos, individualidad y compromiso social, gestión y compasión, espiritualidad y sentidos. ¡Necesitamos de sabiduría!

Una de las patologías contemporáneas es este déficit de sabiduría, esta falta de arte para la existencia. Por eso, debemos confrontarnos con aquellas preguntas que T.S. Eliot coloca en uno de sus poemas: ¿Dónde está la vida que perdemos viviendo? ¿Dónde está la sabiduría que perdemos con el conocimiento? ¿Dónde está el conocimiento que perdemos con la información? Eliot tiene razón: la vida no sólo se gana, también se pierde cuando nos hacemos

prisioneros de lo inmediato, de lo disgregado, de lo fragmentario, sin espacio para reelaborar lo vivido a partir de las razones más profundas.

Por su vocación, el ser humano no sólo se realiza en la lucha por la supervivencia. Junto a ello, necesita conocerse a sí mismo, vivir en la exterioridad y en la interioridad, mirar despacio la «asombrosa realidad de las cosas», escuchar lo visible hasta el final y más allá de lo visible, porque la vida es, en su totalidad, una sorpresa y un misterio.

La belleza de la fe radica en que nos da la certeza de que no estamos solos. La propia sabiduría sale a nuestro encuentro. Como dice el Libro de los Proverbios: «La Sabiduría puso la mesa y envió a sus doncellas gritando desde las alturas de su ciudad: Venid aquí... Venid a comer mi pan y a beber el vino que he preparado». Confiemos. Somos felices porque hemos sido invitados a la Cena del Señor, a la Cena de Aquel que es la sabiduría de Dios para nosotros.

Cardenal José Tolentino de Mendonça, prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación.

Agosto 16, 2024